



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

Obispo

**Homilía del Excmo. Mons. Ángel Francisco Caraballo
Fermín, con ocasión del día de Ntra. Sra. de Lourdes y la
Jornada Mundial del enfermo. Visita al Seminario
Internacional Bidasoa.**

11- II- 2023.

“*Yo soy la Inmaculada Concepción*”, fueron las palabras que la Santísima Virgen María le pronunció a Bernardita Soubirous un 25 de marzo de 1858; la Virgen se le había aparecido por primera vez, un día como hoy hace 165 años, cuando ella tenía apenas 14 años de edad, pero en ese momento solo la identificó como “una Señora vestida de blanco: llevaba un vestido blanco, un velo también de color blanco, un cinturón azul y una rosa amarilla en cada pie”; esto sucedió en la gruta de Massabielle a orillas del Río Gave, en las proximidades del pueblecito de Lourdes.

“*Penitencia. Penitencia. Penitencia. Rogad a Dios por la conversión de los pecadores*”; es éste el más solícito de los petitorios de la Virgen a la modesta e inocente niña. Se hace vigente este llamado de la Virgen hoy a nosotros; como Bernardita, recibámoslo con modestia e inocencia. Con *modestia*, para que podamos moderar nuestros actos, conscientes del grave compromiso para el que nos formamos, el de ser presencia de Cristo, con la exigencia de un estilo de vida convincente y creíble; y con la *inocencia* de quien libre de culpa es capaz de mostrarse transparentemente ante Dios y ante los demás. Hoy, esta voz es para nosotros: “*Penitencia. Penitencia. Penitencia. Rogad a Dios por la conversión de los pecadores*”.

La actitud humilde y de oración de Bernardita eran ocasión de una sonrisa en el rostro de la Virgen; el pecado del hombre, reflejado en cada vez que hacía un llamado a la penitencia, por el contrario, entristecían su semblante. Por eso, seamos de los que contentan el rostro de nuestra madre. Oremos, recemos el rosario. Hagamos penitencia, humillémonos

y pongamos nuestras rodillas en el suelo. Nuestra oración y nuestra penitencia, son germen de la conversión de los pecadores.

Esta devoción mariana se ha convertido en una de las más populares del orbe cristiano que hoy acude a Nuestra Señora bajo el título de la Virgen de Lourdes, fiesta que estamos celebrando. Acudamos a ella con gran confianza, seguros de que obtendremos su asistencia solícita, porque ella es nuestra abogada ante su Hijo Jesús.

Son muchos los que, de manera particular, ante la enfermedad piden su auxilio. Grandes prodigios se han contemplado en los alrededores de la gruta de Lourdes en quienes han obtenido una respuesta milagrosa, muchas veces inmediata, con la sanación de males y enfermedades. Curaciones sin explicación científica, hacen que la voz de *¡Milagro!* siga vigente y nos encienda, como una llama, la oportunidad de alcanzar la conversión. Pongamos nuestras vidas en manos de María, consagremos nuestro ser y nuestra vocación a su amor maternal, ella es nuestro cobijo seguro, es la mamá amorosa que nos cuida de todo mal, de las enfermedades, sobre todo de las enfermedades espirituales que nos pueden hacer perder el bien mayor: la vida eterna, a Dios mismo.

San Juan Pablo II decía: “Lourdes, (...) es lugar y, a la vez, símbolo de esperanza y de gracia en el sentido de la aceptación y el ofrecimiento del sufrimiento salvífico, (Carta del Santo Padre Juan Pablo II con ocasión de la institución de la Jornada Mundial del Enfermo, 3), al momento de instituir, a propósito de la Fiesta de Lourdes, la Jornada Mundial del Enfermo en el año 1992.

Al celebrar hoy la trigésima primera edición de dicha Jornada, el Papa Francisco nos invita, como Iglesia, a confrontarnos “con el ejemplo evangélico del buen samaritano, para llegar a convertirnos en un auténtico “hospital de campaña. Todos somos frágiles y vulnerables; todos necesitamos esa atención compasiva, que sabe detenerse, acercarse, curar y levantar” (11-I-2023).

El Señor sana los corazones quebrantados y venda las heridas. La enfermedad, concebida en el Antiguo Testamento como un hecho religioso ligado al pecado, y que se concibe en el Nuevo Testamento como en un medio para acercarnos a Dios, para conservar la humildad

(cf. 2Cor 12, 7), para que cambiemos de vida (San Ignacio), para dar más gloria a Dios (cf. Jn 11, 38), puede ser para nosotros, entonces, un momento especial y profundo de encuentro con Dios, porque podemos dejarnos sanar por su amor; porque podemos ser instrumento de sanación para nuestros hermanos. Hijos muy queridos, es la conversión la más alta sanación a la que puede aspirar el ser humano... busquémosla incansablemente.

Escuchar la Palabra de Dios en esta mañana, la narración de la multiplicación de los panes, nos permite reflexionar que el motor primario de las acciones de Jesús es la “compasión” que siente por la muchedumbre al contemplar sus necesidades, no sólo primarias, como es el saciar el hambre, sino también nos ayuda a ir más allá. Los discípulos proponen despedir a la gente y que cada cual se las arregle como pueda, pues sus recursos son pocos y parece imposible que pueda saciar el hambre de todos. Sin embargo, Jesús aprovecha esta gran oportunidad para dar una gran enseñanza: “aquello que tenemos, poco o mucho, es importante que lo pongamos al servicio de los más necesitados”, Él, hará su parte.

Con esta Jornada que celebramos, la Iglesia pretende sensibilizar a la comunidad cristiana acerca de la importancia del servicio pastoral en el vasto campo de la salud, servicio que es parte integrante de su misión, pues se enraíza en la misma misión salvadora de Cristo. “Él, Médico divino, pasó haciendo el bien y sanando a todos aquellos que estaban bajo el poder del diablo” (Hch 10, 38).

El Señor Jesús en la última cena, antes de retornar al Padre, se ha inclinado a lavar los pies a los Apóstoles, anticipando el supremo acto de amor de la Cruz. Con tal gesto, ha invitado a los discípulos a entrar en la misma lógica del amor que se dona especialmente a los más pequeños y necesitados. Siguiendo su ejemplo, cada cristiano está llamado a revivir, en contextos diversos y siempre nuevos, la escena de la multiplicación de los panes en la cual como discípulos de Jesús estemos preocupados por las necesidades físicas y espirituales de los demás y a las cuales haya que responder, incluso, con lo poco que tengamos, aunque esto signifique la propia vida. Hoy, la realidad contemporánea es muy similar, mucha gente tiene hambre y necesita comer no solo físicamente, sino, sobre todo, espiritualmente.

Ante la enfermedad, Dios no cierra el corazón a ninguno de sus hijos, sino que los espera, los busca y los alcanza allí donde el rechazo de la comunión les ha encerrado en el aislamiento y en la división, los llama a reunirse en torno a su mesa, en la alegría de la fiesta del perdón y la reconciliación. El momento del sufrimiento, en el cual podría seguir la tentación de abandonarse al desaliento y a la desesperación, puede transformarse en tiempo de gracia para recapacitar y reflexionar sobre la propia vida.

En la lectura del Evangelio emerge, claramente, cómo Jesús ha mostrado una predilección por los enfermos que lo seguían. Hoy muchos de ellos son quienes viven en medio de padecimientos; la iglesia les ofrece los sacramentos: la reconciliación, la Unción de los enfermos y la Santa Eucaristía. “En ellos, dice el Papa Benedicto XVI, Cristo llevando en sí mismo el sufrimiento de la pasión del mundo, transformándolo en grito hacia Dios, el enfermo se conforma cada vez con más plenitud con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Asociando con quien se nutre con el Cuerpo y la Sangre de Jesús al ofrecimiento que Él ha hecho de sí mismo al Padre para la salvación de todos” (Benedicto XVI, Mensaje para la XX JME, 2012). De manera particular, la Eucaristía en forma de Viático, es el “fármaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte”, sacramento del paso de la muerte a la vida.

Quisiera, por último, recordar lo que la Madre Teresa de Calcuta dijo en una oportunidad a un enfermero: “Para tratar y servir a los enfermos, se necesitan tres cosas: una mirada de afecto, una sonrisa constante y el corazón en las manos”. Queridos hijos, así nos mira Dios, dejémonos por Él sitiado sin resistirnos y seremos sanados; imitemos su trato con nuestros hermanos y permitamos que, por nuestro medio, muchos alcancen contemplar la mirada misericordiosa de Dios.

El auxilio de la Virgen de Lourdes nos custodie e interceda por todos los enfermos del mundo. Amén.

+ *Ángel Francisco Caraballo Fermin*
† **Ángel Francisco Caraballo Fermin**
Obispo de Cabimas

